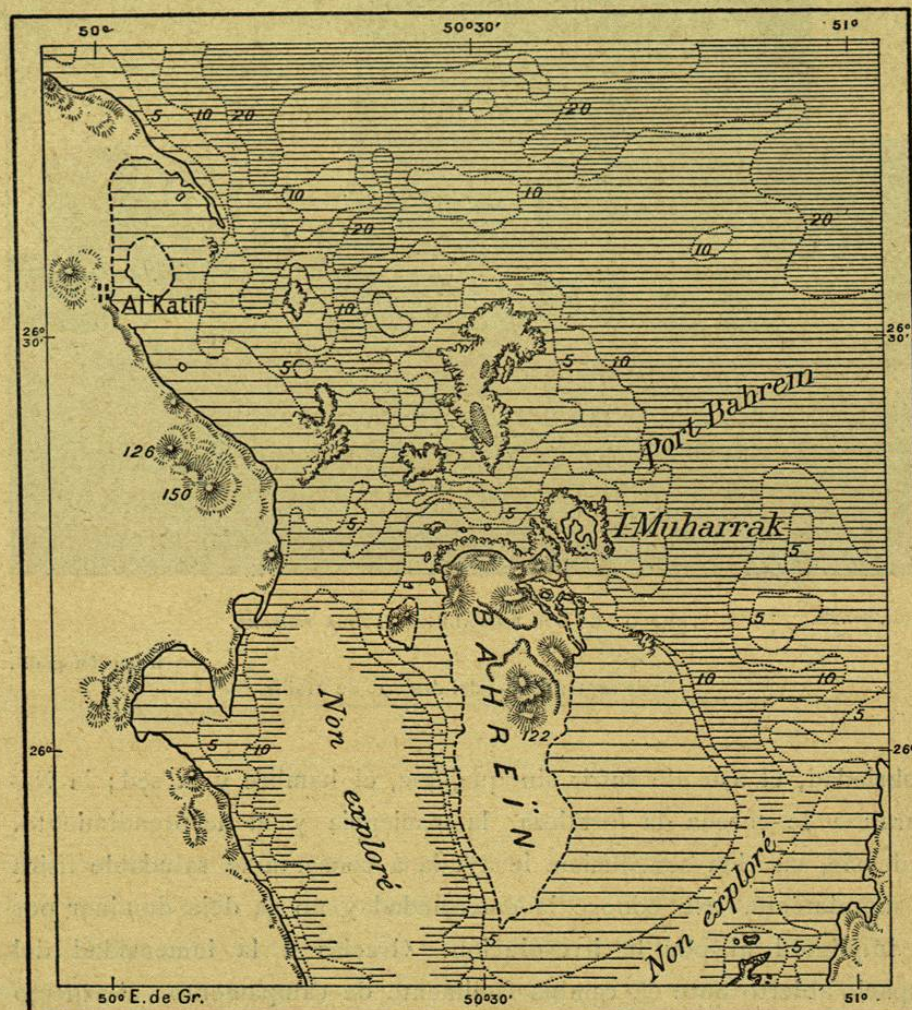


cuando el sol le quema la sangre se entrega por completo al furor de sus pasiones, se lanza con una tenacidad de todos los instantes y de todo lo que le queda de vida. La libertad primaria que le da

N.º 125. Archipiélago de Bahrein.

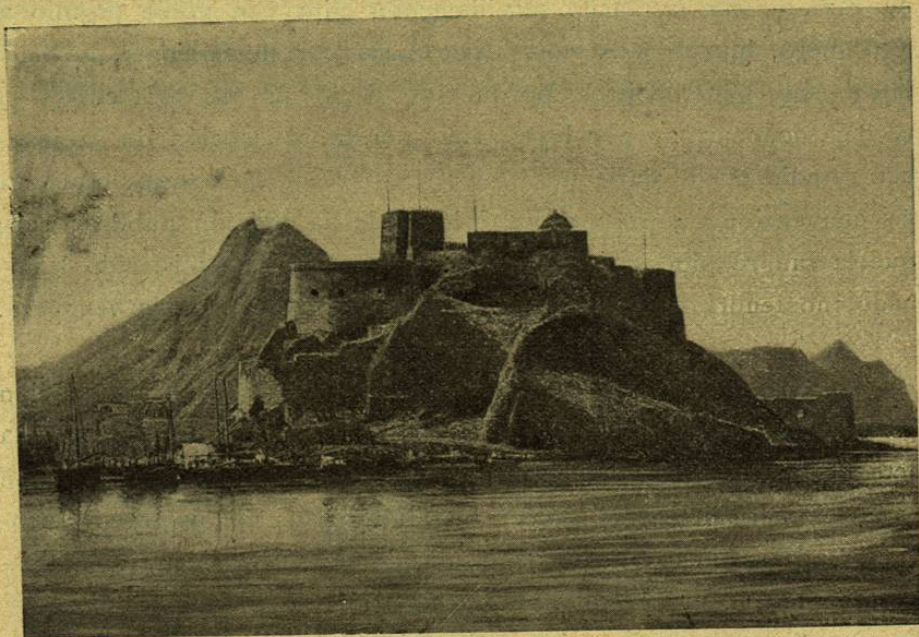


la existencia nómada, la libertad de ir y venir, le asegura la independencia hereditaria; fué siempre su propio dueño. El Beduino descende de abuelos que fueron libres, no fué jamás esclavizado en

su raza, y sin jactancia, sencillamente, mira con noble orgullo al extranjero, hijo de vencidos. Anarquista por su ambiente, no tiene jefe — sólo tiene árbitros, porque los cheiks no son otra cosa, — y se deja dominar, no por leyes, sino por la concepción de la justicia. Nadie puede darle una orden, pero reconoce escrupulosamente las convenciones y respeta los juicios de la opinión pública; sabe que la sangre pide sangre, y si alguno de los suyos ha sido lesionado, no tendrá en lo sucesivo más cuidado que el de la venganza.

Á consecuencia de la disposición del suelo y de la repartición de las lluvias, esas poblaciones nómadas y libres á las cuales se da actualmente el nombre de Bedawi ó Beduinos, no ocupan más que el interior al norte y al sud de las altas tierras del centro de Arabia. La parte media de la península, donde se han instalado poblaciones residentes y donde, en consecuencia, han podido formarse Estados de contornos precisos, tuvo ciertamente una evolución histórica mucho más activa y variada en sus acontecimientos que la región de las llanuras; pero sus ecos sofocados por la distancia, fueron poco oídos de los pueblos de la Antigüedad: los antiguos anales nada dicen de ellos. Las únicas partes de Arabia que por su situación geográfica entraron en el círculo de atracción del mundo conocido, son las dos bandas litorales del golfo Pérsico y del mar Rojo, que continúan al Sud, el uno, la cuenca de los ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, el otro, la costa de Siria y la cortadura terrestre por donde corren el Orontes y el Jordán.

La banda oriental de Arabia que prolonga el golfo Pérsico es favorecida por muchos conceptos: la navegación se hace allí sin peligro, entre islas que baña un agua transparente; numerosos manantiales brotan sobre la costa y en las islas, hasta en el fondo de los pasos sinuosos del archipiélago, y las aguas son bastante abundantes para alimentar una rica vegetación y para la bebida de habitantes y animales de villas muy próximas unas á otras. La pesca es admirablemente fructífera en esos sitios, y los indígenas pueden hacer grandes provisiones de pescado secado al sol, para mezclarle á la pasta de sus dátiles y para comerciar con los países extranjeros. Desde la antigüedad más remota tienen también un gran elemento



VISTA DE MASCATE

De una fotografía.

de tráfico que asegura la riqueza á sus pequeños Estados, consistente en unas perlas del más bello oriente, que se estiman, no sólo á causa de su gran tamaño, de su color dorado y de su brillo, sino también por las propiedades curativas que se les ha supuesto en todo tiempo. Esta industria se concentra alrededor de la isla de Bahrein ó de los «Dos Mares», así llamada por su posición entre dos pasos.

También se han creado centros comerciales en esos puntos. Sabemos, según una tradición antigua, que los Fenicios habían habitado una isla del golfo Pérsico antes de emigrar hacia la costa de Siria. Algunos sabios han pensado identificar esta isla con Bahrein, pero otros han hallado, en una tierra próxima de las bocas del Tigris y del Eufrates, que los aluviones de los ríos gemelos han unido ahora al litoral persa <sup>1</sup> el cerro de Dilman, sitio de la antigua Dilmun, Tilvun ó Tylos. Esta tierra sagrada servía de depósito marítimo á las poblaciones de la Mesopotamia: de Tilvun se lanzó el «dios pez» para conducir el arca de salvación á través de las aguas del diluvio.

<sup>1</sup> J. Oppert y E. H. Bunbury, *History of Ancient Geography*, I, p. 461, contra J. de Morgan y otros.

Sobre la costa oriental, en Bender Buchir, la antigua Lyan, unas ruinas elamitas que datan del reinado de Chilkak in Chuchinak, atestiguan el interés que tomaron los habitantes de la Suziana en las cosas del mar; toda esta región del litoral Pérsico pertenecía al dominio de la civilización caldea. Sobre la costa arábiga, frente á la isla de Bahrein ó en sus inmediaciones, se elevó después la ciudad

N.º 126. Golfo Pérsico.



1: 12 000 000  
0 250 500 750 Kil.

de Gerrha, donde los mercaderes que venían de Siria y de Egipto se encontraban con los del país de los Himiaritas: dos vías comerciales de principal importancia atravesaban la península de Arabia en toda su anchura para encontrarse en ese lugar predestinado.

El territorio de Oman es en realidad una isla; al Norte da frente á un mar más amplio, abierto y peligroso que el golfo Pérsico; al Sud, se apoya en la infranqueable Nahra. Conservó, pues, en todo tiempo, su independencia de cultura; hasta en la actualidad se habla

allí una lengua que parece no tener analogía alguna con el árabe<sup>1</sup>; sin embargo, no quedó aislado: por los senderos del litoral y por la navegación costera se unió al mundo caldeo y vivió con una civilización análoga.

Sobre su desarrollo de más de 2000 kilómetros, las orillas orientales del mar Rojo, desde el golfo de Akabah al estrecho de la entrada, distan mucho de ofrecer en su conjunto un litoral tan favorecido como Bahrein y otras islas del golfo Pérsico; sin embargo, el hecho solo de que en ellas hubiera escalas que servían al tráfico con las tribus y naciones del interior, daba á esta costa una importancia excepcional, y en ella nacieron centros de vida política. Hasta uno de los focos más activos de la civilización se formó cerca de la entrada del mar Rojo, sobre el macizo angular de los montes que dominan el estrecho. Según Schweinfurth, la historia de la humanidad progresiva, en los tiempos de más antiguo conocidos, puede simbolizarse por un triángulo cuyos tres vértices corresponden á Babilonia, á Egipto y á este ángulo terminal de la península, designada por los antiguos bajo el nombre de «Arabia Feliz»<sup>2</sup> y cuyos tres lados fueron recorridos por el hombre tan lejos como remontan los vestigios de civilización: la más remota de las vías de cambios comerciales é intelectuales es el trípode.

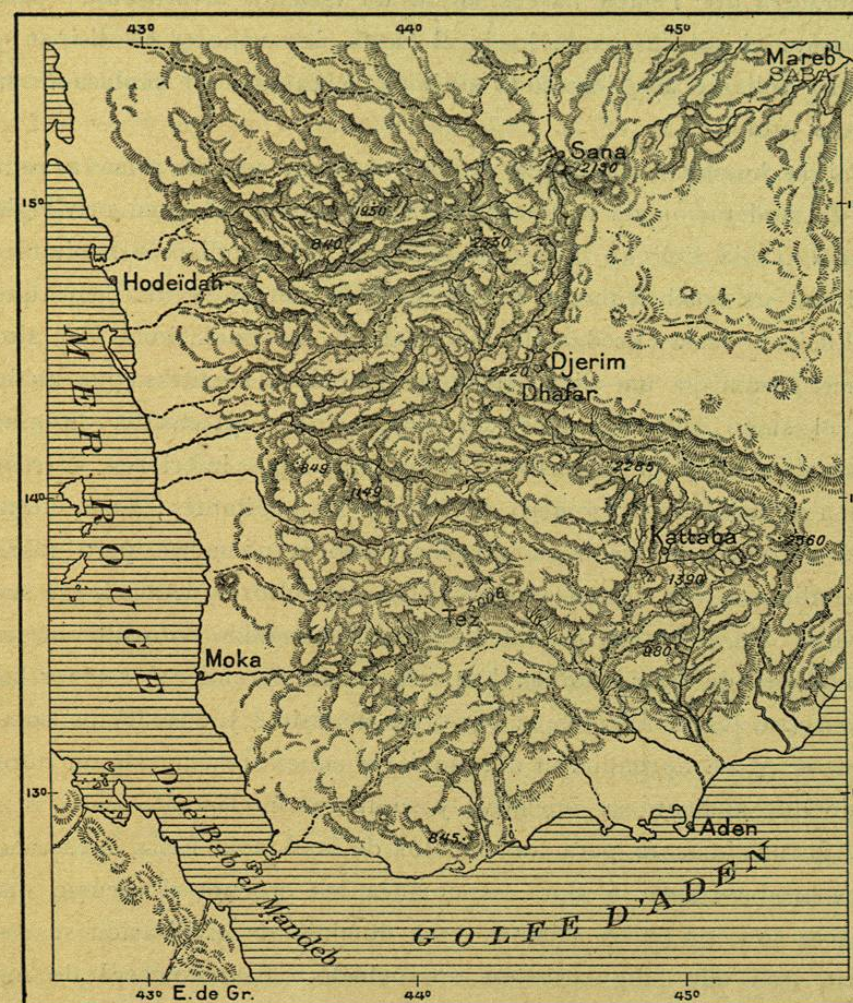
Esta región montuosa, llamada actualmente el Yemen, limitada al Oeste por las aguas del mar Rojo y al Sud por las de un «brazo» occidental del Océano, tiene notabilísimas ventajas como lugar de residencia y de educación para el hombre. En primer lugar, su clima es excepcional; su ventaja capital consiste en que allí llueve y hasta caen fuertes aguaceros, suficientes para formar toda una red de torrentes en las partes superiores y medias de la región montañosa, pero que se evaporan abajo, en la zona costera denominada de Tehama. Sin embargo, esas lluvias no dan por sí solas una parte de humedad suficiente para el cultivo de vastas extensiones. Felizmente, sobre la vertiente exterior de esos montes vueltos

<sup>1</sup> André Joannin, *Bulletin du Comité de l'Asie française*, 1903, p. 426.

<sup>2</sup> *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Geog.», 4.<sup>a</sup> serie, n.º 12. (Véase el segundo mapa de colores del primer tomo).

hacia el mar Rojo y hacia el golfo de Aden, ocurre un fenómeno análogo al que se observa en las costas del Perú que miran hacia el Sudoeste, especialmente entre Lima y Payta: el aire cargado de los

N.º 127. Territorio del Yemen.



D'après R. Manzoni.

1: 3 000 000

0 50 100 200 Kil

vapores de agua que se elevan de los dos mares y que le aportan los monzones, pierde su transparencia y acaban por cubrir con espesas capas de niebla la pendiente de los montes al Sud y al Oeste

hasta la cima de las crestas. Durante toda la mañana el horizonte está oscurecido, y la humedad que se deposita en el suelo es bastante abundante para bañar las hojas y las raíces de las plantas, y aun para empapar los vestidos de los viajeros como una lluvia abundante; toda la mañana, hasta la proximidad de medio día, la temperatura del Yemen parece la de un caliente invernáculo; pero en cuanto el sol desciende hacia el Oeste, los vapores se disipan y el astro ardiente adquiere todo su imperio, caminando implacable en el cielo azul<sup>1</sup>.

Si la humedad suficiente de la atmósfera es una primera ventaja, la moderación de la temperatura es también un gran privilegio de la «Arabia Feliz». Los terraplenes y las pendientes habitables se elevan en muchos puntos á más de 2000 metros, y los picos que los dominan hasta exceden de 3000 metros: las poblaciones del alto Yemen gozan de un clima siempre templado, mientras que abajo arde el suelo bajo los pies del viajero. Los productos de esas tierras altas, muy diferentes de los de las estepas inferiores, corresponden también á otro género de vida de los habitantes; hasta cierta altura sobre el mar se adelantan los pastores nómadas, pero sobre las pendientes más elevadas residen los agricultores dedicados á sus cultivos. Sin embargo, no sin dificultad han podido constituirse esas comunidades de trabajadores: han necesitado aprender á retener las aguas sobre las pendientes, á construir depósitos y acueductos subterráneos, y así aprendieron á conquistar su existencia tras un duro trabajo que aumentó su iniciativa y su fuerza intelectual.

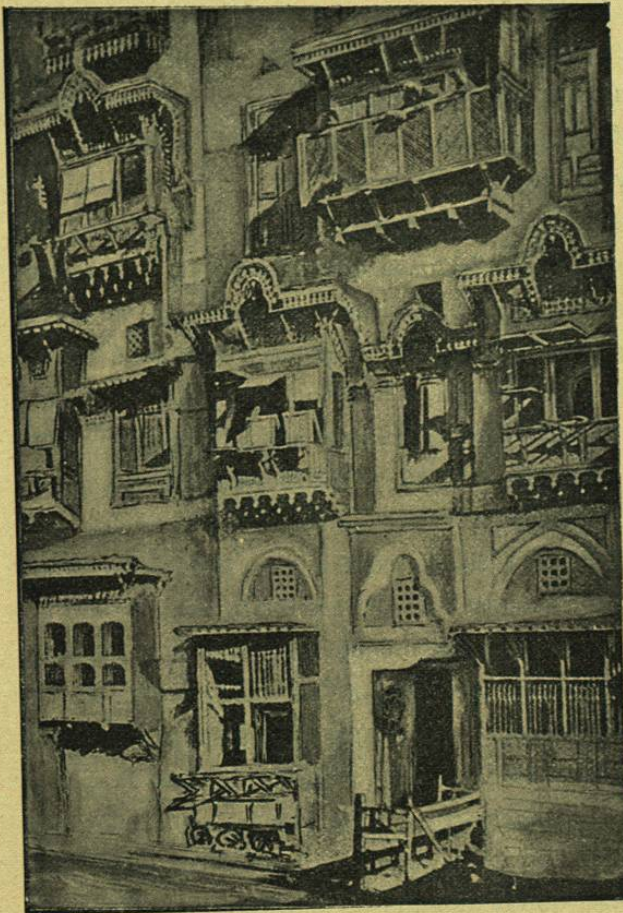
Afortunadamente para los pueblos de la Arabia Feliz, la cosecha de los productos de la flora espontánea les procura el recurso del comercio con los países lejanos, y su dominio de civilización se encuentra por ello singularmente ensanchado. Esta comarca de los antiguos Sábeos es riquísima en esencias diversas que producen savias y gomas de una rara virtud: era la patria por excelencia de las drogas y de las esencias, el aroma, el sen, la mirra, el incienso, el kat (*Celastrus edulis*) que se emplea como el café y que embriaga como el hachisch, aunque menos ligeramente. Gracias á esas rique-

<sup>1</sup> Glaser, *Petermann's Mitteilungen*, 1884.

zas naturales, más apreciadas antiguamente que en el día, el macizo sud-occidental de la Arabia se hizo famoso en el mundo conocido de los Orientales: para los barcos de la India occidental, uno de los principales puntos de cita era la entrada meridional del brazo arábigo con su atrio marítimo hasta el promontorio de los «Aromas», el cabo Guardafui de los marinos actuales.

Sin embargo, el valor de la Arabia Feliz en la historia del desarrollo humano quedaría inexplicable si no se estudiase ese macizo en sus relaciones de vecindad con otro, el de la Etiopía, que se eleva al occidente del estrecho. Esos dos grupos de altas tierras son los pilones erigidos á cada lado del paso que hace comunicar el mar de las Indias con el largo corredor marítimo que conduce al Mediterráneo: los montes de África dan cara de modo soberbio á los de Asia. Á 300 kilómetros de distancia, y apuntando de cumbre á cumbre sobre la tangente de la curva terrestre, no es imposible que Etiopes é Himiaritas puedan discernir á veces el perfil de las montañas de sus vecinos dibujándose sobre el fondo gris del cielo. No hay duda que la diferencia de altitudes entre las cimas frías y las playas abrasadoras del litoral constituía un serio obstáculo, pero no por eso dejaban de comunicarse lo mismo de una parte que de otra con los ribereños, sirviendo de intermediarios los marineros entre las poblaciones de los macizos cuando no podían realizarse los cambios directos. El movimiento de vaivén se había establecido; por la fuerza de las cosas se había formado una especie de istmo comercial en el lugar mismo donde se abría transversalmente un estrecho. El país de la Arabia sud-occidental, donde dominaron sucesivamente los Míneos, los Sábeos y los Himiaritas, todos hijos de Sem, era, pues, una de esas comarcas que poseen la doble ventaja de hallarse en el cruce de dos grandes vías históricas. Frecuentemente en la Antigüedad, cuando el camino directo que se curva hacia el Norte por el Eufrates y el Líbano se hallaba bloqueado por la guerra, las comunicaciones de Babilonia con Egipto hubieron de hacerse por el Sud y tomar por estación á mitad de camino las montañas de la Arabia Feliz. En nuestros días, esas comarcas que se miran de uno á otro continente, están en un período de regresión extrema, puesto que el camino transversal de orilla á orilla no se utiliza ya más que para

un tráfico insignificante, en tanto que la gran línea longitudinal, de Suez á Perim, está enteramente monopolizada por los barcos de los marinos europeos, desde los cuales apenas hay quien se digne dirigir una mirada sobre esos montes, asiento de una antigua civilización.



CASA DE ARQUITECTURA HIMIARITA EN DJEDHA

(Véase pág. 120)

De un macizo á otro, ambos conocidos entre los Egipcios bajo el nombre colectivo de Punto, que se aplicó poco á poco á las comarcas limítrofes, las emigraciones ó al menos las expediciones y los viajes se sucedían frecuentemente, como lo atestigua el parentesco de las razas, de las lenguas, de las costumbres y de los cultos. Hasta puede verosímilmente atribuirse á emigrantes descendidos de esas montañas los primeros trabajos de cultivo en el valle

bajo del Nilo; porque la adaptación del suelo de Egipto á la sociedad que vivió en él supone un largo período de preparación de que serían precursores los antepasados de los Himiaritas. Se considera también el Yemen como el país natal de los obreros que hace ya muchos miles de años trabajaron en las minas de oro del territorio de Sofala. Sin embargo, permaneciendo en el dominio histórico, preciso es hacer patente que son todavía escasos los informes exactos que

permiten afirmar la existencia de relaciones directas de la Arabia Feliz, de una parte con la Mesopotamia, de otra con los montes africanos donde nace el Nilo azul, y el desierto de Nubia, siendo el nombre más antiguo que pueda citarse el del rey Hammurabi. Ciertos indicios manifestados por el arqueólogo Pinches en textos cuneiformes permiten suponer que ese personaje, conquistador y legislador, era de origen himiarita<sup>1</sup>. Hammurabi, contemporáneo del Elamita Khador-Laomer, se apoderó de Babilonia hace cuatro mil años é hizo de ella, por primera vez en la historia, la capital de un reino unido: en aquella lejana época, las poblaciones de la Arabia meridional servidas quizá por condiciones climáticas más favorables que las de nuestros días, eran, pues, políticamente bastante poderosas para que les fuese posible intervenir en los destinos de la Mesopotamia por la fuerza de las armas.

Diez ú once siglos después, nos habla la leyenda de una fastuosa reina de Saba, la resplandeciente Bahis, que visitó á Salomón, atraída por su gran fama de sabiduría y le «propuso enigmas difíciles»<sup>2</sup>, que resolvió maravillosamente, y con gran beneficio suyo, puesto que al partir la reina le dió «ciento veinte talentos de oro, especias en grandísima abundancia y piedras preciosas». Las genealogías legendarias de Arabia y de Abisinia unen varias familias actuales á Salomón y á la reina de Saba, entre otras la del «rey de reyes», el emperador de Etiopía.

El nombre de «Sábeos», que suele darse á la población que obedecía á los soberanos residentes en la ciudad de Saba, se emplea frecuentemente para designar los adoradores de los astros, sobre todo de los planetas, á los cuales se atribuía una influencia decisiva sobre el destino de los hombres y de los imperios. Ese culto era á propósito para desarrollarse sobre el alto observatorio de los montes Yemen, desde donde se contempla casi todas las noches el puro conjunto del cielo estrellado, sobre la inmensidad de las aguas y de las arenas. La astrología sábea, propagada misteriosamente de factoría en factoría, de oasis en oasis, de pueblo en pueblo, contribuyó mu-

<sup>1</sup> A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, VII.

<sup>2</sup> *Libro de los Reyes*, cap. X, v. 1 á 10.